

El 24 de Marzo de 1891 no se había vendido más que por valor de unos *ochenta mil ones*. La Asamblea concedió una prórroga á los compradores hasta Mayo. La prórroga era insuficiente; lo comprendió así el 27 de Abril y amplió el plazo por ocho meses hasta Enero del 92. Esta hábil medida produjo un efecto incalculable; ninguna otra, en aquella época, contribuyó más á salvar, á robustecer la Revolución. *¡En cinco meses, cosa prodigiosa!* llegó la venta á ochocientos millones; de suerte que el 26 de Agosto, el comité en su informe á la Asamblea declaró que han adjudicado en total de bienes nacionales por valor de un *Millar!* Ninguna de las ventajas ofrecidas hasta entonces había bastado para que les comparasen. Estaban libres de toda hipoteca legal, francos de todo censo, de todo derecho de traslación, libres de todas deudas, rentas constituidas y fundaciones.

Todo esto no había sido suficiente para dar impulso á la venta. La *mano muerta*, aquel encanto fatal que durante tantos siglos había hecho aquellos bienes *muertos* en efecto, inertes y con frecuencia improductivos, parecía que pesaba sobre ellos todavía. Una cosa rompió el encanto, devolviéndoles el movimiento, subdividiéndoles, circulando de mano en mano, y fué la *prórroga de los nueve meses*, que daba facilidad de revender, de detallar, dando tiempo para cobrar algo de los subadquirentes.

La declaración de Pilnitz, la amenaza solemne de los reyes á la Revolución, está fechada el 27 de Agosto de 1791, y el 26 del mismo mes, al anunciar el informe del comité de enajenación el hecho tan grave del impulso que había tomado la venta, llegando ya hasta el millón, hace prever que la Revolución no puede retroceder, que no solamente será violenta, sino firme y profunda, que no ataca la superficie del país, sino el fondo y lo más profundo: hagan lo que quieran los reyes, será para siempre irrevocable é invencible.

¿Porque qué es lo que significaba aquella venta? Que una multitud de hombres habían comprometido *su fortuna* en la causa revolucionaria: más acaso que su fortuna, *su vida*, y más aún que su vida *el destino de su familias*.

No estaba exento de peligro el 91 el comprar aquellos bienes. El sarcasmo, las injurias, las amenazas secretas no faltaban al comprador. En las grandes ciudades sufría menos, por que allí se conoce poco á los vecinos; pero en las pequeñas, su situación era casi intolerable. La superstición, el odio, la malicia universal, les encerraba, por decirlo así, en un círculo maldito. Todo lo malo que pudiera suceder era un castigo del cielo. ¿Estaba enfermo su hijo? Castigo. ¿Abortaba su mujer? Castigo. Si tenía él algún accidente todo el mundo alababa á Dios. En una ciudad á treinta y tantas leguas de París amenazaba ruína el chapitel de la catedral con peligro para las casas vecinas; la compró un albañil para derribarla, poco después se cayó de un andamio y se mató; la ciudad se entregó á una alegría loca.

En medio de la malquerencia universal, los compradores se aproximaban unos á otros y resistían con fuerza. El haber adquirido bienes de la nación era señal cierta para que se reconocieran los amigos de la Revolución, los que habían embarcado su vida y su fortuna en el bajel de la República, confiándose á su buena estrella, y queriendo prosperar ó perecer con ella.

El choque del 21 de Junio, el asunto de Varennes, las amenazas del extranjero, pusieron á prueba su fe robusta en los destinos de la Revolución. No se conmovieron, ni pestañearon. El mismo 21, compraron muy caras tres casas del cabildo de Nuestra Señora de París. De igual manera, los romanos sitiados pusieron en venta y vendieron tan caro como si hubieran estado en plena paz el terreno sobre el que acampó Aníbal á las puertas de Roma.

Los directores de la Asamblea en el movimiento realista que trataban de imprimir, vieron sin duda con inquietud aquel entusiasmo popular por las ventas, revelado de improviso por el informe del 26 de Agosto.

El mismo comité de enajenación que había redactado el informe se asustó y retrocedió ante tal éxito. Declaró que abdicaba sus funciones y pidió que fuesen transmitidas al poder ejecutivo. Proposición cándidamente revolucionaria. Confiar á un rey devoto el cuidado de vender los bienes del clero, encargárselo á un ministerio inactivo y paralítico, era anunciar claramente que no se preocupaban lo más mínimo de acelerar la operación.

¿Qué indica este súbito retroceso del comité, lo mismo que el de la Asamblea y su esfuerzo para detenerse ó para retroceder? El terror. Habrán encontrado algún objeto terrible; en el camino por donde caminaban con seguridad habrán tropezado con la punta de invisible espada.

Su terror se explica con una palabra. Los Jacobinos se hacen compradores; los compradores se hacen Jacobinos.

¡Y con qué progreso tan rápido se opera esta doble acción!...

Relacionemos las cifras.

*Desde Abril hasta Agosto, venta de bienes nacionales por ochocientos millones.* La venta total es de un millar.

*En Agosto y Septiembre creación de seiscientas sociedades jacobinas.* Añádanse las cuatrocientas antiguas y son mil en total á fines de Septiembre.

Y estas sociedades son menos temibles aún por su multiplicación que por su nuevo carácter. Pierden lo que al principio tenían de académicas, de filosóficas y se hacen más serias, más ásperas, con tendencias violentas al fin que persiguen. Rechazan á los moderados, á los revolucionarios tibios, á los hombres cansados ya de la revolución y en su lugar admiten dos clases de hombres exaltados.

Hombres de negocios y de interés, comprometidos á muerte en la



peligrosa explotación de los bienes nacionales se realizaban á sus propios ojos por el fanatismo, vigilaban con ojos de lince la trama embrollada de la Revolución y ponían al servicio de la causa las ideas de perseverante aspereza del especulador comprometido.

Por otra parte, los puros, los ardientes patriotas en los que las ideas habían precedido al interés y le dominaron siempre se sometían á condiciones sin las que hubiera perecido la Revolución. Contra la inmensa y tenebrosa intriga de los curas, aceptaban la necesidad de la *inquisición* jacobina, y al mismo tiempo, como otro medio de salvación, la *adquisición* de los bienes eclesiásticos. Comprar, dividir y subdividir los bienes del clero, era hacer la guerra más mortal para la contrarrevolución. Muchos compraban con verdadera furia y se creían tanto mejores ciudadanos cuanto más compraban. Les seducía el peligro de la operación y el odio que sobre ella se quería acumular. Querían perecer si era preciso con la Revolución y se enriquecían con ella; nuevos Curtius se precipitaban en el golfo de la fortuna.

Varios compraban por cumplir un deber. El honrado y austero Cambon hizo constar el 96 que habiendo empezado á negociar con 6.000 libras de renta tenía 3.000 cuando liquidó. Había creído cumplir como buen patriota comprando una finca nacional, cerca de Montpellier; más tarde se casó en París con una mujer cuyo dote consistía también en bienes nacionales.

Así se formaba una base sólida para el nuevo sistema, una masa de hombres ligados por el dogma y por el interés, fundando su patriotismo en la tierra y en la idea, teniendo un doble interés en la Revolución, todo en ella y nada fuera de ella. Núcleo fijo y firme alrededor del cual el hombre de imaginación, el hombre de sensibilidad, el entusiasmo noble iba y venía. Uno era fanático seis meses, otro un año, éste se detenía y aquel otro iba aun más lejos.

Estos flotaban como las ondas; pero aquellos eran el barco. Sabían bien que no tenían más puerto que aquel en que abordase la Revolución.

De aquí la unión que demostraron, su docilidad extremada hacia los que se encargaron del timón. Aquel gran cuerpo heterógeneo, movido á la vez por la patria, por la exaltación, por el interés, se mostró en medio de su violencia, admirablemente disciplinado. El individuo se conducía como hace durante la tempestad el que quiere salvar su vida; lo cree todo, lo hace todo, no discute la maniobra ni cuestiona con el piloto.

El momento preciso en que nos encontramos, el otoño del 91, es el momento decisivo en que la gran asociación de compradores y de patriotas va á influir sobre la gente de los campos.

Momento grave. El 90 recibió el aldeano el primer beneficio revolucionario, la abolición de los diezmos y de los derechos señoriales, recibido con viva alegría y sin reservas.

El 91, la Revolución se dirige á él y le ofrece los bienes de la Igle-

sia. Aquí duda, lo piensa; su mujer tiene miedo y no duerme; se entabla entre ellos un diálogo que dura de día y de noche. El, aquel bravo trabajador, mucho más escrupuloso de lo que generalmente se cree, jamás lo hubiera tomado por su propia iniciativa; bien lo ha demostrado ¡gran Dios! durante tantos siglos con su larga y milagrosa paciencia. Pero ahora razona, comprende que aquellos bienes que en otro tiempo dieron los pobres á la Iglesia, puede (excepción hecha de lo necesario para el mantenimiento de la Iglesia) volver al pobre, si así lo quiere la ley. Por otra parte no vuelven gratuitamente, aquellos bienes no los dan, los venden, y su precio sirve para los más sagrados fines, para extinguir el déficit, para cumplir los compromisos del Estado, para defender y salvar la Francia.

Esto no es un acto inaudito y sin precedentes. Es la continuación legítima del gran movimiento, iniciado en lo más profundo de la edad media: *la compra perseverante de la tierra por el que la trabaja*, el himeneo sagrado, legítimo de la tierra y del labrador. Digo legítimo. ¡Ah! cuán propiamente aplicada se encuentra la palabra en este caso... Jamás pidió que se le diera gratis la tierra; constantemente, por obstinados y sobrehumanos esfuerzos, ganó con su ahorro aquel objeto de todas sus ansias, de su fiel pasión. Empleó para obtenerla la constancia del patriarca, sirviendo siete años por Lia y otro siete más por Raquel.

Este progreso hacia la adquisición honrada y legítima de la propiedad fué, ya lo hemos hecho notar en otra parte, bárbaramente interrumpido varias veces en el siglo diez y seis por los señores de la segunda época feudal, en el diez y siete por los señores de las antecámaras.

Gracias á Dios, la Revolución, la buena madre del aldeano acaba de romper la valla, comienza de nuevo el movimiento y ya no se detendrá.

En 1738, un filósofo francés que había consultado sobre este particular á varios intendentes, hace notar que en nuestras provincias «casi todos los jornaleros tienen un jardín ó algún pequeño trozo de viña ó tierra.» Pues bien: el primer objeto de la Revolución es extender y aumentar aquel jardín, facilitando su adquisición al trabajador honrado. De este modo es á la vez bienhechora, amiga y salvadora de todos, conmoviendo de una manera pasajera el mundo para proporcionarle la paz.

Invitando al aldeano con la adquisición, desposándole con la tierra, le dió la vida en otro sentido la Revolución. La manera más general, la más natural que empleó para procurarse el dinero necesario, fué buscando una dote y tomando esposa. El matrimonio es la única ocasión que puede aprovechar el aldeano joven para obligar al viejo á que toque sus economías buscando algunos de los escudos que tiene escondidos. Aquel fué el principio de un gran número de familias agrícolas; princi-



pio respetable puesto que fué fundado por la fe que puso el aldeano en la Revolución, en la solidez de la prenda que ella le daba.

Y hé aquí como se hizo nuestra Revolución, sólida, duradera, eterna, detenida muchas veces en su curso, vuelve siempre á andar y continúa su movimiento. Es porque ya no descansa solamente sobre el movable suelo de las ciudades, que sube y que baja, que construye y que derriba. Se apoya en la tierra y en el hombre de la tierra. Ahí está la Francia durable, menos brillante y menos inquieta, pero sólida, la Francia *en sí*. Nosotros cambiamos, ella no cambia. Sus razas son las mismas desde hace muchos siglos; sus ideas parecen las mismas; pero la verdad es que adelantan por un trabajo insensible y latente, como se verifican todos los cambios en las grandes fuerzas de la naturaleza no sobreexcitadas por la pasión que usa y que devora.

Esta Francia dentro de cien años, de mil años, estará entera y fuerte; irá, como hoy, cuidando y trabajando su tierra mucho tiempo después de que nosotros, población efímera de las ciudades, hayamos desaparecido olvidados nuestros sistemas y nuestros huesos.

Una palabra, una última palabra acerca de la Asamblea constituyente: la habíamos casi olvidado. Ella misma en sus últimos momentos parece que se abandonó y se olvidó también.

Declara que aplaza los dos cimientos profundos, esenciales, sin los que su obra política queda en el aire, vacilante, próxima á caer: la educación y la Ley civil.

No se atreve á tomar ninguna resolución referente á los curas y ni siquiera escucha el informe instructivo y prudente que han hecho sus comisionados en la Vendee. Hace contra el papa lo que nuestros reyes hicieron varias veces.

Ya nos ocuparemos de esto.

En su penúltima sesión (29 de Septiembre) quiere tratar con rigor á los clubs y les prohíbe las peticiones colectivas, les permite discutir «sin pretender que inspeccionen á las autoridades legales.» Prohibición inútil; aquellas autoridades vacilantes é impotentes, como imágenes de la Asamblea, no oponían ninguna resistencia á los enemigos de la Revolución; era preciso dejarla que pereciese ó que la salvaran los clubs.

La instrucción que se unió al decreto, reservada, tímida, llena de elogios para los clubs, expresa el deseo de que no tengan correspondencia, de que sus actos no trasciendan de su recinto. Pero el decreto no se atreve á decir que les prohíbe las afiliaciones y era entonces precisamente cuando se afiliaban las mil sociedades jacobinas, seiscientas de las cuales acababan de nacer.

De modo que la Asamblea no se atreve á intentar nada decisivo contra las dos grandes conjuraciones que se disputan la Francia, la de los curas y la de los Jacobinos. Se calla respecto de la primera y riñe á la otra muy suavemente, la amenaza halagándola, tímidamente,

en voz baja. Parece que habla ya con la voz débil de los moribundos.

El 30 de Septiembre, al levantar el rey la sesión lamentándose de que ya no pudiera continuar, dirigió el presidente Tohuret estas palabras al pueblo allí presente: «La Asamblea constituyente declara que termina sus sesiones y que ha cumplido su misión.»

